

COLIBRIES.

Vestidos con el iris,
 envueltos en aromas,
 mirando con orgullo
 las tímidas palomas
 que forman sus nidadas
 de amor, en el pajar;
 así venis vosotros,
 radiantes colibríes,
 y revoláis cual duendes
 cubiertos de rubies,
 que sorprendiera errantes
 la aurora tropical.

El cielo de mi patria,
 el cielo mexicano:
 capelo de zafiro
 que cubre al oceano,
 y guarda de las cumbres
 la frente de cristal;
 el cielo de los libres,
 os presta sus fulgores....
 Pero vosotros... ¡nada..!
 quereis tan solo flores.
 Si en ellas hay azúcar,
 ¿qué importa lo demás?

Cuando la siesta cruza
 las huertas olvidadas,
 y mustias se resecan
 las flores encarnadas,

como si fueran bocas
 cansadas de besar;
 vosotros, picaruelos,
 con vuestra suerte ricos,
 introducís en ellas
 los alargados picos,
 y les robáis el alma....
 ¡las mieles del panal!

¿Sabeis si las abejas
 os guardarán rencores..?
 ¡Qué importa!—Si la tarde,
 muriéndose de amores,
 en brazos del crepúsculo,
 se vá á la inmensidad;
 vosotros desdeñosos
 huís.... os lleva el viento....
 Después, viene la noche,
 y el mudo firmamento
 adorna con estrellas
 su frente colosal.

Decidme, colibríes,
 cuando retorna el día
 ¿también tornáis vosotros?
 El duelo, la agonía,
 ¿no os van en la alta noche,
 el nido á columpiar..?
 Mas nó..! Seguid batiendo
 las alas temblorosas;
 ¡volad, hijos del iris!
 ¡vivid libando rosas..!
 Si en ellas hay azúcar,
 ¡qué importa lo demás!

México, 1887.



“¡ADIOS, MADRE!”

El cielo azul; en el profundo bosque
 el ronco murmurar,
 del torrente, que envuelto en el ramaje,
 despeñándose está;
 la luz, bañando de la altiva sierra
 la cresta desigual;
 irguiendo su plumaje de neblinas
 espléndido, el volcán.
 En el campo sonrisas de ternura
 y perfumes de paz;
 en el cielo, vellones purpurinos,
 y luz . . . inmensidad!
 Y en el fondo del valle, allá en el fondo,
 do cruje el encinar,
 y el río dobla el dorzo de diamantes
 cual brazo colosal,
 el cementerio—gigantesco oceano
 donde va á zozobrar,
 la existencia, esa nave destrozada
 que se hunde retando al huracán.

* * *

Como llegan las aves á las ruinas
 heladas de su hogar
 cuando ha devuelto su zafir al cielo
 la ruda tempestad;
 así llegué del nido de la muerte
 al empolvado umbral . . .
 así llegué, tan triste como el ave,
 como ella . . . sin llorar!

¿Qué sentirán las tumbas cuando alguno,
 con silencioso afan,
 perturba con el ruido de sus pasos
 la muda soledad?
 ¿Qué sentirán las ondas de la fuente,
 y la brisa fugaz,
 la tórtola que gime entre las ramas,
 y el trémulo sauzal . . . ?
 Yo me detuve; contemplé aquel cuadro
 con pupila tenaz . . .
 ¡y creí que me hablaban los sepulcros
 de algo, que nunca puedo recordar!

* * *

Sobre la húmeda tierra que regaba
 con flores un rosal,
 muy cerca de la tierra que gemía
 sin cansarse jamás;
 un sepulcro musgoso, solitario,
 blanqueado con cal,
 ostentaba en su lápida de piedra
 una frase no más:
 “¡Adios, madre!”—decía aquella losa—
 ¿Y qué es la inmensidad
 ante esa frase donde encierra un hijo
 su tristeza, su afan . . . ?
 El génio de las sombras se acercaba;
 la luz se iba á apagar,
 y á los callados besos del crepúsculo
 temblaba el bejucal.
 Mi sien se estremeció . . . clavé en el cielo
 la pupila tenaz,
 y exclamé con acento tembloroso:
 —¡Comprendo al fin, lo que es la soledad!—

* * *

Un instante después, volví á mi choza,
 ¡santuario de la paz;!

á mi campo de blancas margaritas
 donde canta el turpial;
 á mi huerto feliz, donde el naranjo,
 con hojas de azahar,
 perfuma las ventanas de mi alcoba
 y riega el manantial.
 Y allí, mi madre, el angel de mi cielo,
 la lumbre de mi hogar,
 me dijo cariñosa, conmovida:
 —¿“Qué tienes” . . . ? En tu faz,
 hay huellas de tristeza! ¿por qué sufres’?—
 Yo no pude callar,
 y repuse:—“He mirado en una tumba
 una frase inmortal:
 “¡Adios, madre!” decía aquella losa,
 ¡un adios, nada mas!”—
 Y callé. . . . Nos miramos silenciosos.
 Sin poder sollozar,
 enlazamos, convulsos, nuestros brazos,
 con inmensa ansiedad.
 ¡Ella pensó en su madre, yo en mi madre!
 se inmutó nuestra faz,
 y ante un presentimiento y un recuerdo,
 con infinito afán:
 —“¡Adios, madre!”— gritamos. . . . Y entre tanto,
 vaporosa, fugaz,
 de pie sobre su esqui de celajes,
 la tarde se perdió en la inmensidad!

México, 1887.



ABEJAS.

(A Enrique Fernández Grañados)

Sus alitas son de gasa,
 es de cera su palacio,
 su dominio el hondo espacio
 y su alimento la miel;
 y revuelan, y susurran,
 en los bosques tropicales;
 y fabrican sus panales
 con pasmosa rapidez.

Las obreras, traficantes
 de las huertas escondidas,
 en las rosas encendidas
 juntan pólen. . . . y se van. . . .
 y se van. . . . en la colmena
 depositan su tesoro,
 y á traer más polvo de oro
 raudas vuelven al rosal.

De la madre todas cuidan;
 unas llegan afanosas
 y á las larvas misteriosas,
 dan el néctar del jazmín;
 otras son las centinelas
 que, sedientas de combate,
 con su harpón, que nadie abate,
 al intruso hacen huír.

¡Ah! no apagues, primavera,
 tus auroras deleitables:
 las abejas incansables
 necesitan de tu luz.
 Que almacenen provisiones,
 y después... que venga enero!
 que se acerque el avispero!
 que se nuble el cielo azul!

Ya la siesta fatigosa
 cruza el monte lentamente;
 las espumas de la fuente
 reverberan con el sol.
 ¡Qué polvosos se desmayan
 los ramajes de la higuera!
 ¡cómo inclina la morera
 su gallardo pabellón!

Ya el silencio va invadiendo
 los panales amarillos,
 y la madre sus huevillos
 en las celdas colocó;
 ya los zánganos se agitan
 del alcázar en las salas;
 ya las larvas tienen alas:
 ¡ya otro enjambre despertó!

Despertó... vuela... susurra...
 ¿Y hacia donde emprende el viaje?
 ¿De la brisa el oleaje
 sin cesar lo arrastrará...?
 ¡Nó! Venid, apicultores,
 atraedlo, dadle abrigo
 y ofrecedle un techo amigo
 donde cuelgue su panal.

Esos rápidos insectos
 que alentó la primavera,
 nos alumbran con su cera,
 nos halagan con su miel.
 Son valientes adalides:
 cuando triunfan en las rosas,
 las proscriptas mariposas
 se despiden del verjel.

¡Ah, venid, pobres abejas!
 No temais que os desamparen;
 esperad á que os preparen
 otras flores y otro hogar;
 no olvidéis que han sido siempre
 nuestro amor, nuestro embeleso,
 la república, el progreso,
 el trabajo y la amistad!

.....

La piragua de la noche
 extendió sus negras velas;
 la gran fábrica de telas
 sus trabajos suspendió;
 y la villa, despreciando
 las tinieblas funerales,
 sus eléctricos fanales,
 como soles encendió....

Ya está el campo adormecido;
 la colmena está callada,
 y la brisa fatigada
 de la flor dobló la sien.
 Ya se acerca el mes de enero,
 y después... ¡la primavera..!
 abejas, dadnos cera!
 abejas, dadnos miel!

CUAUHTEMOC.

Valiente Cuauhtemoc, para enzalarte
no ambiciono del genio la diadema;
me conformo tan solo con nombrarte:
¡tú nombre colosal, es un poema!

Dios del patriota y del guerrero rudo,
te erigen un altar los mexicanos.
Tu Anahuac, Cuauhtemoc, es el escudo
donde siempre se estrellan los tiranos.

Jamás has de morir; sobre tu frente
la gloria detendrá su sol bendito;
y tu santo recuerdo, en nuestra mente
será, como tus dioses, de granito!

Tú volaste al combate, como al cielo
el cóndor melancólico y salvaje:
¡resuelto á no rendir el raudo vuelo
y envuelto en tempestades el plumaje!

Y caíste á los pies de la victoria;
mas fuiste asesinado, no vencido,
que si el audaz Cortés tuvo una gloria
fué la gloria de haberte conocido!

Hoy, Cuauhtemoc, ante tu luz sublime,
extremecido el pueblo se levanta:
el hombre esclavo, se deslumbra y gime;
el hombre libre, se arrodilla y canta!

México, 1887.



JUNTO AL RIO.

(A Angel del Campo.)

Sereno como el alma de una virgen
suspiras en secreto;
y como el alma de una virgen tienes
risas y flores y color de cielo.

Los copos de tu espuma son mosquetas
regadas por el viento;
y tus ondas, collares de zafiro
que lentos se resbalan sobre el trebol.

Cuando el sol tropical—ave brillante
de perezoso vuelo—
se levanta al zenit desparramando
de su pupila cárdena el reflejo;

tú, tranquilo te aduermes; arrebatas
su fulgor á los cielos,
y pareces, al alma pensativa,
un íris reclinado en el desierto!

Las frondas que enguirnaldan tus espumas
te dicen sus secretos;
suspende sobre tí la enredadera
una hamaca de flores, para el céfiro.

En tus bordes se yergue la magnolia
como una flor de hielo;
platican de sus nidos las calandrias
y cuelga el ahuehuatl su rizos de heno.

Tus murmullos se mezclan al poema
que cantan los jilgueros;
tus murmullos responden al rüido
que forman, al rozarse, los enebros.

Tus murmullos son voces misteriosas
que me hablan de recuerdos
cuando me abismo en mi pesar son quejas!;
cuando me acuerdo de mi amor son besos!

¡Mi pesar!—¡esa tarde de diciembre,
que me envolvió en sus cierzos!—
¡Y mi amor! ¡ese sol de primavera,
que despertó en mi nido á los ensueños!—

Ese amor . . ! El delirio de mi alma,
mi virgen de ojos negros;
la que ayer me decía:—“No te olvides,
no te olvides de mí, porque me muero . . . !”—

¡Oh! dame ese murmullo de tus ondas,
derrámalo en mis versos,
y, cuando lleguen á ella mis canciones,
¡esas canciones le darán un beso!

¡No la puedo olvidar . . ! Nunca lo digas,
pero mi amor no ha muerto
Para ella son mis blancos azahares,
y para tí . . . mis lirios entreabiertos . . !

México, 1897.

AL PASAR.

El sol ante tí se enciende;
 triunfan la línea, el color: . . .
 y el alma á tí el vuelo tiende
 y en tus cabellos suspende
 las guirnaldas del amor.

Eres estrella . . . No te amo:
 este placer, esta calma
 que siento cuando te llamo,
 no es amor, ¡es que derramo
 toda tu luz en mi alma!

Es que tu nombre sublime,
 llegando al arpa ligero,
 en la arpa trémulo imprime
 el acento con que gime
 la alondra en el duraznero.

Es que te adoro . . . ¿No sabes
 lo que se dicen trinando
 en la honda sierra las aves,
 cuando entre besos suaves
 están sus alas trabando?

¿Sí lo sabes. ? ¡Ah! pues eso
 es lo que yo conmovido,
 soñé con dulce embeleso. . . .

¡Yo tengo envidia de un beso
 que oí sonar en un nido. . . !

¡Oh, cuán bella! —Si, doliente,
 inclinas la faz al suelo,
 pareces al alma ardiente
 una diosa que indolente
 no quiere volar al cielo.

Tu cabellera rizada
 que al cuello dobla y abruma,
 cae á tu espalda nevada
 como una negra cascada
 sobre una rambla de espuma.

Y tu talle escultural,
 que acaricia y engalana
 una rosa tropical,
 es el cuello virginal
 de una garza americana. . . .

¿Y te alejas. . . ? ¡Ay! es cierto,
 no merezco tus amores:
 mi existencia es un desierto;
 mi corazón es un muerto,
 y en su tumba no habrá flores!

Sol que prestas á la vida
 juventud, luz y calor;
 garza en mis nieblas perdida:
 adios. . . ! Tengo el alma herida!
 pasa. . . ! te sigue mi amor!

México, 1887.

CANTARES DE NAVIDAD.

(A mi hermana Adela.)

¡Navidad, noche de ensueños!
 ¡Navidad, noche sagrada!
 cada uno de tus cantares
 es un pedazo del alma!
 Tú llegas, y todo el mundo
 se conmueve, se levanta,
 y es un himno cada acento
 y un beso cada mirada
 y cada pecho un nectario
 de recuerdos y esperanzas.
 Navidad, flor del invierno,
 poema cuyas estancias,
 conduce, de siglo en siglo,
 el tiempo, mustio, en sus alas:
 tu argumento es la leyenda,
 tu escenario está en las almas,
 y tu poeta es el pueblo
 que en sus vihuelas te canta!
 ¡Navidad...! ¡ya son las doce!
 Ya te vas...! ya viene el alba...!
 ¡Tal vez ¡ay! cuando regreses,
 ya no escuches mi guitarra!

* * *

En diciembre muere el campo;
 y en la llanura abismada,
 el invierno tembloroso
 esparce lirios de escarcha.

La ciudad, con sus palacios,
 parece un nido de garzas;
 y las casitas del pueblo
 un puño de rosas blancas...
 Y el sol se aleja... La tarde
 suelta el cabello de nácar,
 y el espacio es una tienda
 con claveles adornada.
 La luna, lánguidamente,
 se yergue en su azul hamaca;
 y en la sierra crece el frío;
 y en la ciudad... ¡todo calla...!
 Y entonces, como á un conjuro,
 Navidad, tú te levantas:
 entretejes tus cabellos
 con heno y flores de pascua;
 juntas resinas del monte,
 cortas pino en la cañada,
 te ciñes el ténue traje
 formado de verde lama,
 y atravesando graciosa,
 la llanura solitaria,
 sacudes tu pandereta,
 despedazas tu piñata,
 refrescas los corazones
 con el musgo de tus alas,
 ¡y llora el pueblo al oírte,
 y se arrodilla y te canta...!
 ¡Navidad...! ¡Bendita seas!
 Reina del invierno ¡hosanna...!
 ¡Tal vez ¡ay! cuando retornes,
 ya no escuches mi guitarra!

* * *

El progreso—áos del siglo—
 con su mano soberana,
 tiende rieles en las cumbres,
 tiende alambres en las aguas.

El pensamiento, conquista;
 los fieles dejan el ara;
 y María no haya lirios
 de su santuario en las gradas!
 Sólo tú, sigues viviendo;
 Navidad, tú nunca cambias;
 y es que tú nos prestas lumbre
 para la invernal velada,
 ¡es que tú nos das un beso
 de las dichas ya pasadas!
 ¡es que tú, torcaz de nieve,
 tienes tu nido en el alma...!
 Navidad...! ya dió la una...
 Vete ya... tiende tus alas...
 ¡Tal vez ¡ay! el año que entra,
 ya no escuches mi guitarra!

* * *

Navidad, ¿se te ha olvidado?
 En los años de mi infancia,
 fuí feliz jugando mucho
 con tus flores encarnadas.
 Y hoy soy joven, y estoy triste,
 sin amor, sin esperanzas,
 y ya todas mis alondras
 se fueron á la montaña...!
 ¿Sabes tú si el año que entra
 estará mi frente helada?
 ¡Ay! entonces, no me olvides;
 Navidad, no seas ingrata:
 adorna con heno y musgo
 mi tumba de piedra blanca,
 cuelga ramitos de pino
 en mi cruz abandonada...
 ¡Has que lloren con tu aliento
 las cuerdas de mi guitarra...!

México, Diciembre 24 de 1887.

PASAD.

Aurora, vete ya; recoge altiva
 tu clámide de fuego;
 suelta el batel, y surca majestuosa
 las ondas de oro del ardiente cielo!

Siesta, virgen sensual, me desvanecen
 tus húmedas miradas;
 huye y oculta en la dormida selva,
 tus tibias formas de jazmín y nácar!

Tarde, pálida tarde, niña humilde
 que piensas en el cielo;
 anda! ve á refrescar con tus neblinas
 la pensativa frente del desierto!

Noche, vete también! Miserable esclava,
 me asusta tu faz negra.
 ¡Ay! vete, que se posen en tu manto
 —abejas luminosas — las estrellas!

Idos todas...! ¡pasad...! no os necesito...!
 ¿No sabéis lo que guardo dentro el alma?
 Una aurora divina: mis recuerdos!
 una siesta feliz: mis dulces ansias!
 una tarde sublime: mis delirios!
 una noche inmortal: mis esperanzas!

México, 1887.

UNA TARDE.

Mirando al cielo una tarde,
me dijo mi musa lánguida :
—“Esas aves que allá vuelan,
son golondrinas que pasan.”—

Poco después, conmovida,
me dijiste que me amabas
¡y la ilusión en mi pecho
derramó sus rosas blancas. . . !

Se iba la tarde apagando,
y en las azules montañas
tendía su roja clámide
con hilos de oro enfilecada. . . .

Y yo le dije á mi musa :
—“Soy feliz, porque me ama.
Dí, ¿qué son mis ilusiones? ;
dí, ¿qué son mis esperanzas. . . . ?

En ese instante, muy tristes,
unas aves se alejaban ;
y exclamó, mirando al cielo :
—“¡ Son golondrinas que pasan !

México, 1888.



INMORTALES.

A mi respetable y paternal amigo
el Sr. Gral. José Vicente Villada.

Canto primero.

Tarde por tarde, cuando el sol de Mayo,
sonrosando la frente de los cielos,
ocultaba con lánguido desmayo
su agonizante rayo
del tropical crepúsculo en los velos ;
ella, la vírgen mía,
esa niña con alma de poeta
que embriagada de amor y de alegría
inspiró á mi laud su melodía
y lo adornó con ramos de violeta ;
ella, mi pensadora,
que del sueño en los mágicos vergeles
ostentaba triunfante,
en sus labios un nido de claveles,
y en sus ojos un lampo de la aurora ;
ella, riendo ufana,
con la risa feliz del inocente,
acercaba su rostro á la ventana ;
y, ocultando su frente
tras el marco de blancas madreselvas,
contemplaba, con rostro embebecido,
el beso de las hojas en las selvas,
el beso de las gotas en la fuente,
el beso de las aves en el nido
y el beso de la luz en el torrente !